

## ¿Por qué leer los clásicos?

Charles Tilly\*

¡A quién le importa lo que el viejo Durkheim dijo! escuche una vez refunfuñar a George Homans<sup>2</sup>. Con aquellas palabras interrumpió una recurrente discusión sostenida en el departamento<sup>3</sup> sobre el lugar de la teoría sociológica en el plan de estudios. No obstante su interés en los aldeanos ingleses del siglo XIII, lo que realmente contaba para Homans eran las ideas y evidencias del hoy, no las del ayer. Su vívido rugido representó un primer vértice del triángulo que conforma esta cuestión. Desde el ángulo sostenido por Homans, deberíamos desterrar los clásicos porque la razón de ser de la ciencia social es seguir combinando las ideas con las evidencias que las sostienen, y, de ese modo, dejar atrás las ideas consideradas como antiguas o inferiores. Desde un segundo ángulo, los clásicos tienen profunda importancia porque plantean problemas y señalan sus posibles soluciones de modos en los que las investigaciones acumulativas no podrían lograr jamás. Además, desde un tercer ángulo, los clásicos de la Sociología construyen su lugar como exiguas parodias de gigantes como Aristóteles y Montesquieu; así, ¿por qué deberíamos preferir Tönnies a Tucídides?

Habiendo establecido no uno, sino tres “hombres de paja”<sup>4</sup> -uno por cada ángulo de nuestro triángulo- permítanme quemar cada uno de ellos para hacer espacio a una figura menos inflamable: considerar a los clásicos ya no como objetos de veneración o como manuales para la investigación, sino como fuentes disponibles de justificación para argumentos contemporáneos. Para decirlo de otra manera, los clásicos plantean interrogantes cruciales, no respuestas perennes.

Pero antes de continuar con este argumento, prendamos fuego los hombres de paja:

¿Podemos dejar atrás los clásicos tan fácilmente? Aquel hastío de Homans disfraza en realidad la medida en que su propio trabajo se inscribe en una tradición utilitarista que se remonta a John Stuart Mill y Jeremy Bentham.

¿Debemos leer los clásicos porque indagan con mayor profundidad que los análisis actuales? Aquellos que sostienen que los clásicos adquieren mayor profundidad asumen también que sus sucesores han fallado en incorporar la perspicacia<sup>5</sup> de los clásicos en sus programas de investigación.

¿Habríamos de abandonar los hitos sociológicos en favor de los clásicos de la Literatura, la Filosofía y la Historia? La desestimación de los clásicos sociológicos como esfuerzos intelectuales menores niega la conveniencia o viabilidad de los programas de investigación acumulativos acerca de los asuntos humanos.

Así como Bach y Mozart siguen inspirando a los compositores de hoy sin proporcionar patrones precisos para la creación contemporánea, los clásicos de la So-

ciología siguen disponibles como formulaciones alternativas a las preguntas que los sociólogos de hoy en día pueden hacer fructíferamente. (Por “fructífera”, me refiero a modos que produzcan conocimiento acumulado, verificable.) Karl Marx, se preguntaba, entre otras cosas, cómo los intercambios desiguales se combinan en cambiantes sistemas de explotación. Max Weber interrogó, entre otras cosas, qué es lo que produce modos contrastantes de dominación y cómo las creencias los sostienen. John Stuart Mill, se preguntó, entre otras cosas, qué condiciones y procesos sociales favorecen la igualdad política a escala nacional.

Estos clásicos abordan problemas que siguen preocupando a los analistas de los procesos sociales: cómo y por qué ocurren los cambios a gran escala en las relaciones sociales, qué conecta la experiencia individual con los fenómenos sociales masivos, de dónde provienen las nuevas ideas, y así sucesivamente. Los clásicos sirven, así, como justificaciones visibles y viables para las que, de lo contrario, pudieran parecer preguntas triviales, oscuras, o idiosincráticas. Ellos permiten a los investigadores afirmar “Mira, yo estoy abordando una antigua e importante cuestión en una nueva forma”. De hecho, nuevos clásicos se incorporan, precisamente, cuando afirman apremiantes y productivas preguntas que la agenda previa no había articulado aún. Las obras fundamentales de Robert Park, Irving Goffman, y Pierre Bourdieu me vienen a la mente en este sentido, al tiempo que ni Aristóteles ni Montesquieu lo harán ya.

Sin duda, las preguntas establecidas varían en su fecundidad. A pesar de un siglo de esfuerzos, por ejemplo, los sociólogos no hemos avanzado mucho en nuestras respuestas a la pregunta estándar del siglo XIX: “¿Qué impulsa el cambio social en general?”. La pregunta invoca una entidad dudosa -el cambio social- mientras apunta hacia respuestas generales improbables, no verificables. Así planteada, no ha resultado ser fructífera. Por el contrario, la pregunta “¿Cómo, cuándo y por qué se produce la industrialización?” ha motivado un conjunto acumulado de investigaciones que no han brindado ninguna respuesta monolítica, sino un conjunto de especificaciones, descripciones y explicaciones significativamente mejores que las de sus predecesores del siglo XIX. En la búsqueda de justificaciones para su trabajo actual, los investigadores deben elegir sus clásicos con cuidado.

¿Cómo y por qué importa la justificación? Es relevante de dos maneras esenciales. En primer lugar, compromete a investigadores, teóricos y a aquellos que buscan síntesis para un proyecto acumulativo: la identificación de respuestas superadoras a las preguntas disponibles. De ese modo traen consigo, aunque sutilmente, estándares de verificación, de falsificación y la valoración de los argumentos y las evidencias que los sostienen.

En segundo lugar, la justificación marca la relación entre el orador y la audiencia, les permite identificar la conversación en la que están involucrados. Los participantes pagan el precio de aprender cuáles preguntas pertenecen o no a la conversación, y en qué idiomas se pueden abordar estas cuestiones de manera inteligible. Mejor aún, los clásicos ofrecen formas convenientes de distinguir un modo de interrogación de otro. La identificación de una investigación con Ferdinand Tönnies no necesariamente compromete a un analista contemporáneo a aceptar el movimiento general de la sociedad de la *Gemeinschaft* a *Gesellschaft*, pero lo hace distinguir la

cuestión de fondo respecto de una investigación inspirada por Karl Marx. Nosotros, los herederos de los clásicos, por tanto, disfrutamos del lujo de poder enfrentar una línea de interrogación con otra, ya sea para clarificar sobre qué estamos trabajando o para verificar si la síntesis produce resultados más valiosos que seguir cada una de las líneas por separado.

Tres pares de “caricaturas” explicativas permiten ilustrar el argumento. Para una explicación de la desigualdad, podemos comparar caricaturas de Karl Marx y Max Weber. Para pensar la democratización y des-democratización, podemos comparar a John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville. Para considerar las transformaciones en la identidad, ¿por qué no contrastar a Emile Durkheim y George H. Mead?

Bajo la forma simplificada de una caricatura, una explicación marxista de la desigualdad comienza en las relaciones negociadas de la producción material. Como marxistas, nos preguntamos cómo las relaciones de producción generan rendimientos desiguales que se convierten en las bases de la desigualdad en otras esferas de la vida social. No necesitamos aceptar la propia enumeración de los sucesivos modos de producción de Marx -feudal, capitalista, socialista, y así sucesivamente- para encontrar inspiración en *Das Kapital*.

Una caricatura de Weber distingue tres arenas en parte independientes: un orden social en el que el honor sirve como común denominador, un mercado en el que el poder adquisitivo sirve como el denominador, y un orden político en el que la capacidad coercitiva sirve como denominador. Para hacer preguntas desde una veta weberiana, no necesitamos aceptar el análisis del propio Weber de cómo las relaciones de las personas en las tres arenas se cristalizan en los grupos de estatus, las clases y los partidos.

¿Justificación? Una apelación a Marx compromete al analista, cuanto menos a centrarse en las relaciones sociales desiguales, su dinámica y sus consecuencias. Llama a considerar las evidencias de un modo en el que los cambios en las interacciones sociales y las condiciones materiales adquieren centralidad respecto a los cambios actitudinales. Involucra a su interlocutor en una conversación en términos de explotación, resistencia y lucha. Recurrir a Weber, por su parte, compromete al analista al menos a diferenciar las múltiples bases de la desigualdad, a dar prioridad a las posiciones estructurales por sobre las relaciones negociadas, y a considerar a la cultura históricamente acumulada ejerciendo una influencia independiente significativa en la lucha individual y colectiva. Ninguna de estas líneas en sí misma implica proposiciones definitivas en lo que concierne a los fenómenos sociales observados. Ambas establecen modos de plantear y responder preguntas sobre la desigualdad. En el nivel de la indagación, compiten.

Por democratización y des-democratización, vamos a entender, simplemente, cualquier conjunto de acuerdos políticos que se mueve hacia o lejos de la igualdad de derechos, obligaciones y protecciones para todos los participantes. Mill y Tocqueville proponen maneras alternativas -no sólo de responder- sino también de preguntar acerca de las causas de la democratización y la des-democratización. Mill se pregunta por las condiciones que ponen restricciones a los gobernantes de tal modo que éstos provean protección (incluida la protección de la intervención gubernamental arbitraria) a todos los gobernados. Sus respuestas conocidas incluyen la pro-

riedad privada, los mercados competitivos y una esfera pública políticamente autónoma. Pero su preocupación incluye, además, las causas de los cambios en estas condiciones subyacentes, así como sus consecuencias para el comportamiento de los gobernantes.

Nuestra versión caricaturesca de Tocqueville se asemeja a la de Mill en algunos aspectos dado que ambos dan importancia al medio social en el cual los gobiernos operan. Por cierto, Mill tomó y adaptó algunas de sus ideas de Tocqueville. Pero los interrogantes de Tocqueville difieren de los propuestos por Mill en asignar mucha mayor prominencia a la centralización o la descentralización de las instituciones políticas, a la proliferación de las asociaciones independientes y a las relaciones de las diferentes clases sociales entre sí y con los gobiernos. La justificación de una investigación sobre democratización y des-democratización sobre la base del trabajo de Mill autoriza a indagar las altas y bajas en la autonomía gubernamental, mientras que el recurso a Tocqueville autoriza una investigación más extensa sobre las relaciones interpersonales e inter grupales por fuera del área gubernamental.

Por “identidad” nos referimos a respuestas individuales y colectivas a las preguntas “¿Quién es usted?”, “¿Quiénes son?” y “¿Quién somos?”. Emile Durkheim vinculó la identidad estrechamente con el carácter y el alcance de la diferenciación social. La solidaridad mecánica (característica de las sociedades relativamente homogéneas) produjo identidades profundamente diferentes a aquellas de la solidaridad orgánica (característica de las sociedades altamente diferenciadas). Una investigación durkheimiana sobre la identidad, por tanto, se centra en la organización general de la sociedad, las conexiones variables de individuos a dicha organización, y las variaciones resultantes en la conciencia individual.

George Herbert Mead, por el contrario, prestó poca atención a la organización general de la sociedad. En su lugar distinguió el “yo” de la experiencia individual del “mí” de las relaciones negociadas con los demás. Las relaciones negociadas a otros constituyen las identidades sociales para Mead. Mientras que un durkheimiano persigue las transformaciones en la identidad mediante el examen de las alteraciones en las condiciones generales de la sociedad, desde una posición meadiana se hace hincapié en la dinámica relacional. La justificación de las investigaciones actuales en función de los clásicos conduce a diferentes formas de plantear y responder preguntas.

Poco importa a los efectos del presente que en lo personal prefiera Marx a Weber, Tocqueville a Mill, y Mead a Durkheim. Lo que importa es la forma en que los clásicos, a pesar de sus propias y discutibles respuestas, identificaron cuestiones distintas, cruciales y duraderas en relación con los procesos sociales.

---

## Notas

<sup>1</sup>Texto preparado para ser presentado en la sesión “El valor de la teoría sociológica clásica” llevada a cabo en la reunión anual de la American Sociological Association en Atlanta, Georgia, el 18 de Agosto de 2003. Traducción de Paula Lucía Aguilar.

<sup>2</sup>NdeT: George Homans (1910-1989) Sociólogo estadounidense con sede en Harvard,

donde fue profesor de sociología e Historia Medieval. Fue presidente de la American Sociological Association en 1964. En 1941 publicó *English Villagers of the Thirteenth Century*, libro al que hace referencia Tilly en este texto. Entre sus trabajos se destacan “The Human Group” (1950) y “The Nature of Social Science” (1967) Ambos títulos cuentan con versiones en español editadas por Eudeba en la década de 1970.

<sup>3</sup>NdeT: Se refiere al departamento de Sociología de la Universidad de Harvard.

<sup>4</sup>NdeT: *Straw men* en el original.

<sup>5</sup>NdT: *Insight* en el original.